

LOS DÍAS DEL CÉSAR

SIMON SCARROW

LOS DÍAS DEL CÉSAR

Libro XVI de Quinto Licinio Cato

Traducción de Ana Herrera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Day of Caesars*

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

Imagen de la cubierta: Stephen Mulcahey/Arcángel

Primera edición: abril de 2020

© Simon Scarrow, 2017
© de la traducción: Ana Herrera, 2018
© de la presente edición: Edhasa, 2020
Diputación, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2192-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 5129-2020

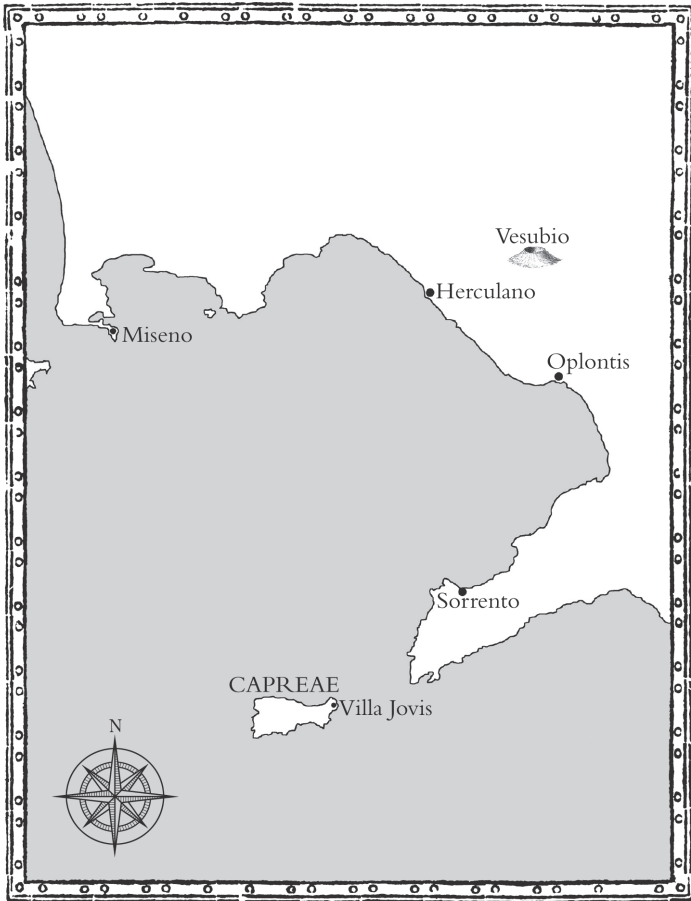
Impreso en España

*Para John Carr, que inició el club de lectura,
y para el resto de mis camaradas de lecturas a
lo largo de los años: Ted, Jason, Phil, Andy,
Peter, Trevor, John, Nick, Jeremy y Lawrence.*

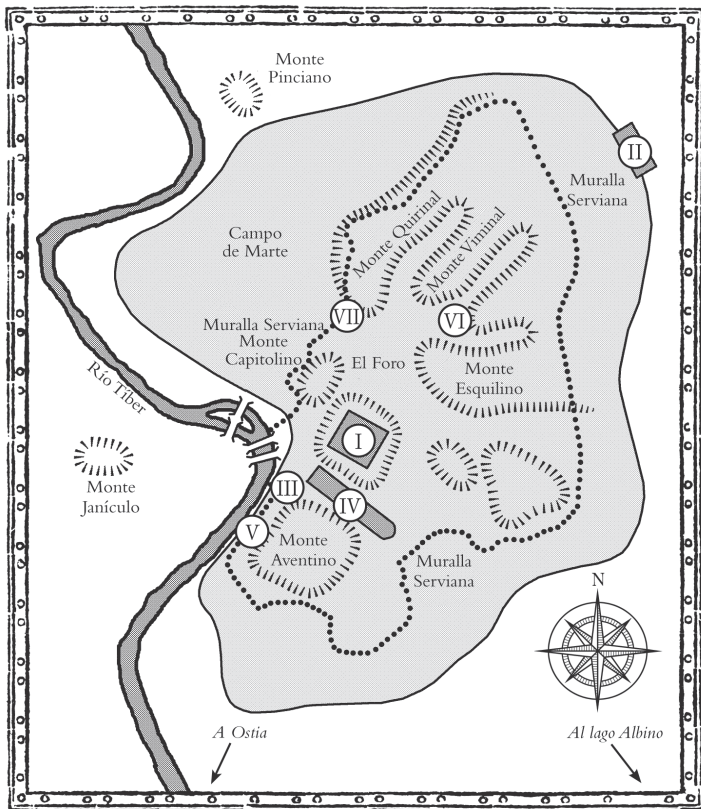
MAPA DE ITALIA, 54 D. DE C.



MAPA DE SINUS CUMANUS
(bahía de Nápoles), 54 D. DE C.



MAPA DE ROMA EN LA ÉPOCA DEL EMPERADOR NERÓN



Ⓘ Complejo del Palacio Imperial

Ⓥ Distrito de los almacenes

Ⓙ Campamento pretoriano

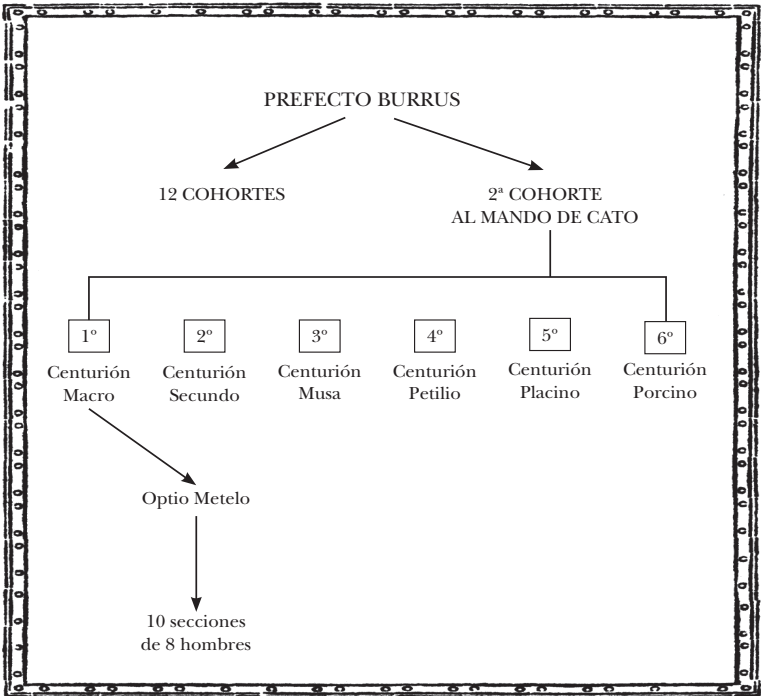
Ⓦ Barrio bajo de Subura

Ⓜ Boario

Ⓩ Puerta Flaminia

Ⓨ Gran Circo

CADENA DE MANDO DE LA GUARDIA PRETORIANA



DRAMATIS PERSONAE

- Quinto Licinio Cato: prefecto de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana, joven oficial muy prometedor.
- Lucio Cornelio Macro: centurión de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana, veterano muy curtido.
- Nerón: emperador de Roma, recién nombrado; hijo adoptivo del difunto emperador Claudio, espera iniciar una nueva «Edad de Oro»..., si puede encontrar el oro para asegurarse de que ocurra semejante cosa.
- Británico: hijo del difunto emperador Claudio, hermanastro de Nerón y que vive para lamentarlo.
- Agripina: viuda del emperador Claudio, lucha para mantener la influencia sobre su hijo.
- Palas: primer liberto del emperador Nerón; astuto, implacable y codicioso.
- Vitelio: comandante de la fuerza expedicionaria enviada recientemente a Hispania; aristócrata con una grandísima veta de ambición...
- Granico: senador que ha vivido el tiempo suficiente como para verlo todo y lamentar las costumbres de la época.
- Vespasiano: antiguo legado de la Segunda Legión y senador; soldado honrado y eficiente.
- Domicia: esposa de Vespasiano; una mujer con más ambición de lo que sería saludable para su marido.
- Amrilo: senador de Roma.

Junia, Cornelia: esposas de senadores.
Atalo: agente de Domicia.
Feno, Tallino: espías de Palas.
Lemilo: almirante de la flota en Miseno; un viejo lobo de mar que marca el rumbo.
Espiromandes: navarca (comandante de escuadrón) de la flota de Miseno.
Pastino: legado de la Sexta Legión, con un loable desagrado por los abogados.

Guardia Pretoriana

Burrus: prefecto que comanda la Guardia, promovido por encima de sus habilidades.
Mantalo: tribuno.
Tertilio: comandante de la Tercera Cohorte.
Cecilio: tribuno joven.

Segunda Cohorte Pretoriana:

Cristus: tribuno, antiguo amante de la difunta esposa de Cato, Julia; un poco chulo.
Placino, Porcino, Petilio: centuriones.
Metelo, Ignatio, Nicolis, Ganico, Nerva: optios.
Rutilio: portaestandarte imperial.

Otros

Julia: difunta esposa de Cato, de moralidad dudosa.
Lucio: hijo de Julia y Cato, un poco travieso...
Sempronio: senador padre de Julia; un político honrado, y por tanto una rareza.
Petronela: niñera de Lucio y mujer a la que hay que tener en cuenta.
Tribonio: posadero en la Subura.
Décimo: portero en casa de Vespasiano.
Céfodo: abogado de los bajos fondos, del patio de los abogados del Boario.

CAPÍTULO UNO

Roma, a finales del 54 d. de C.

Todo empezó, como pasa siempre con estas cosas, con unas cuantas bebidas. Las peleas no eran algo inusual en el barrio de la Subura, y mucho menos en la posada llamada Rómulo y la Loba, bien conocida por su vino barato, sus alegres fulanas y los múltiples clientes que vendían información confidencial sobre las carreras de carros. Era una de las tabernas más grandes de todo el suburbio, y ocupaba toda la planta baja de una casa de piso, en la esquina de una pequeña plaza. Un largo mostrador corría a lo largo de la pared del fondo y, desde allí, el propietario, Tribonio, dirigía a un pequeño grupo de mujeres muy maquilladas que servían a los clientes bebidas, una gama limitada de alimentos e incluso otros servicios si alguien tenía apetito carnal. Dos hombres muy robustos permanecían de pie a cada lado de la puerta que daba a la calle, para comprobar que los clientes no llevaran armas antes de dejarlos entrar. Algunos posaderos declinaban tomar tales precauciones por miedo a alejar a la gente, pero Tribonio llevaba más de veinte años en el negocio y tenía una clientela fija, que toleraba la restricción por el aprecio que tenía a los placeres que encontraba dentro.

Había pasado apenas un mes de la muerte del emperador Claudio. Aquella noche llovía y las calles de Roma re-

lucían bajo el golpeteo y el susurro constante de las gotas de lluvia. Los moradores de la capital habían recibido la noticia del fallecimiento de Claudio con mucha prevención y ansiedad, y ésa no era una buena noticia para Rómulo y la Loba, ya que muchos vecinos evitaban las calles en lo posible, temiendo enfrentamientos entre las facciones rivales que apoyaban a los hijos del emperador, Nerón y Británico. El viejo podía ser un poco atolondrado y torpe, pero había sabido mantener al pueblo alimentado y entretenido; y lo más importante: su reinado había sido estable, consiguiendo hacer olvidar la crueldad implacable de los dos emperadores que le habían antecedido. Pero cuando hay dos herederos al Imperio más poderoso del mundo conocido, lo normal es que haya tensión, por decirlo de una manera suave.

Nerón, con dieciséis años, era el mayor de los dos chicos, que se llevaban tres años de diferencia. No era hijo natural de Claudio, pero sí hijo de la emperatriz Agripina, que por su parte era hija del hermano de Claudio. El matrimonio entre tío y sobrina había requerido un cambio de la ley, pero los senadores habían decidido magnánimamente perdonar un pequeño inconveniente como era el incesto a cambio de granjearse el favor de su emperador. Y, por tanto, Nerón se convirtió en hijo legítimo de Claudio. Justamente por ello, por la imposición de aquel hermano adoptivo, el hijo natural, Británico, se sintió dolido, aunque su situación como preferente pronto se vio empeorada gracias al control que ejercía su madrastra sobre la mente y los deseos carnales del emperador. Y así, en los últimos años de su reinado, Claudio creó sin darse cuenta una rivalidad que amenazaba la paz de Roma. Aunque la emperatriz se apresuró a anunciar que su hijo era el sucesor al trono, era bien sabido que Británico y sus aliados no lo aceptaban, y la gente corriente, por tanto, mostraba gran nerviosismo mientras esperaba a que se resolviera la rivalidad.

Un grupo de guardias pretorianos con sus gruesos mantos atravesó la plaza y se dirigió a toda prisa hacia la posada, hablando entre ellos y riendo en voz alta. Podían hacer lo que quisieran, ya que los pretorianos eran los soldados más valorados por los emperadores, que recompensaban con generosidad su lealtad. Y el nuevo emperador no era ninguna excepción. Cuando se anunció el acceso al trono de Nerón, todos los guardias de Roma recibieron una pequeña fortuna, y ahora sus bolsas estaban bien repletas de plata. Tribonio levantó la vista y mostró una amplia sonrisa al ver que los soldados entraban, se bajaban las capuchas y se quitaban las capas empapadas, que colgaron en las estaquillas situadas a lo largo de la pared, y luego se acercaban al mostrador a pedir los primeros tragos. Monedas recién acuñadas cayeron al momento en la superficie de madera manchada y llena de marcas, y desde la habitación interior llegaron rápidamente vasos y jarras de vino que se tendieron a los sedientos soldados.

No eran los primeros guardias en convertirse en clientes de la casa aquella noche. Un grupo más pequeño había llegado un poco antes y había ocupado un rincón, donde seguían sentados, en unos bancos a cada lado de una mesa. Su humor era mucho menos jovial, aunque también habían sido merecedores de la generosidad del emperador. El que parecía su líder se volvió para mirar hacia los pretorianos que estaban ante la barra y frunció el ceño.

–Malditos idiotas –gruñó uno de ellos–. ¿Qué se creen que están celebrando?

–La paga extra de un año, en primer lugar –replicó el hombre que estaba sentado a su lado, con una débil sonrisa. Levantó su vaso–: Un brindis por nuestro nuevo emperador.

El gesto fue recibido con un silencio hosco por el resto de los soldados sentados en la mesa, y el hombre continuó en un tono lleno de ironía:

–¿Qué ocurre, muchachos? ¿Nadie se va a unir a mí en un brindis por nuestro amado Nerón? ¿No? Todos tan cabizbajos como tú, Prisco.

El líder apartó su atención de los hombres y la centró en la barra.

–Sí, Pisón, la verdad es que tenemos todos los motivos del mundo para estar desanimados, teniendo en el trono a ese prodigio sin barbilla. Tú has estado de guardia en palacio, igual que yo, y has visto a Nerón de cerca. Sabes cómo es. Se atiborra de exquisiteces y mariposea por ahí con poetas y actores... Y también tiene mal carácter. ¿Te acuerdas de aquella vez que tuve que escoltarlo en uno de sus viajes anónimos por la ciudad? ¿Cuando se metió en una pelea con un viejo e hizo que sujetásemos al hombre pegado a la pared mientras él lo mataba a puñaladas?

Pisón meneó la cabeza negativamente ante aquel recuerdo.

–No fue nuestro mejor momento, lo reconozco.

–No –dijo Prisco, con los dientes apretados–. En absoluto. Y será mucho peor ahora que es emperador. Ya lo verás.

–Al menos nos ha pagado bien...

–A algunos –replicó Prisco–. Todavía faltan los chicos que estuvieron de campaña en Hispania. No se sentirán muy felices cuando vean que no han guardado nada de plata para ellos cuando vuelvan a Roma.

–No te equivocas... Pero, de todos modos, ¿qué te hace pensar que el hermano pequeño de Nerón sería mejor, si fuese él el emperador?

Prisco reflexionó un momento y luego se encogió de hombros.

–Pues nada, quizá. Pero Británico no es tonto. Y lo han educado desde que era niño para gobernar el Imperio. Además, es de la carne y la sangre de Claudio. Tiene derecho

por nacimiento a ser emperador. Y en cambio, a ese pobre lo han apartado a un lado la zorra intrigante de Agripina y el hijo de puta de Palas.

Al mencionar al nuevo consejero más apegado al emperador, Pisón miró a su alrededor con nerviosismo. La posada era uno de los sitios que frecuentaban los espías e informadores imperiales con el fin de escuchar las conversaciones e identificar a posibles agentes conflictivos ante sus amos en palacio. Se sabía que Palas tenía poca tolerancia hacia aquellos que lo criticaban a él, o hacia aquellos que se atrevían a criticar al emperador. Sin embargo, nadie parecía estar escuchando, y Pisón rápidamente dio un sorbo de vino y luego dirigió a su amigo un gesto de advertencia:

–Será mejor que tengas cuidado con lo que dices, Prisco, o te meterás en problemas y nos meterás también a los demás. Habría preferido que Británico fuese nuestro nuevo emperador, igual que tú, pero no lo es, y nosotros no podemos hacer nada.

Prisco sonrió con rapidez.

–Tú quizá no. Pero hay personas que sí harán algo...

–¿Qué quieres decir?

Antes de que Prisco pudiera responder, los interrumpió una carcajada muy fuerte justo detrás de ellos.

–¡Pero chicos! ¡Si es nuestro amigo Prisco y sus enfuñados colegas!

Prisco reconoció la voz, pero no se volvió de inmediato. Por el contrario, primero dejó el vaso, y sólo entonces habló en voz alta:

–Oye, Biblio, ¿por qué no te vas a tomar por culo y me dejas beber en paz?

–¿A tomar por culo? –El recién llegado dio la vuelta al final de la mesa y miró a Prisco y sus acompañantes–. Ésas no son maneras de recibir a un antiguo camarada que te trae un regalo.

Sacó el tapón de la jarra de vino que llevaba bajo el brazo y llenó el vaso de Prisco antes de que éste pudiera reaccionar, y luego levantó el vaso que él llevaba en la mano en dirección a los hombres de la mesa.

–Venga, muchachos. ¿Quién se une a mí para brindar por nuestro común benefactor? ¡Por el emperador Nerón, que los dioses lo bendigan! –Apuró el vaso de un solo trago, e inmediatamente lo arrojó al suelo con estrépito y se secó los labios con el dorso de la mano–. Qué bueno está.

Ninguno de ellos había respondido a su brindis, y él los miró con una ceja levantada.

–Pero ¿qué es esto? ¿No vais a beber por nuestro emperador? Esto me suena a deslealtad... –Miró a su alrededor, y sus amigos se apiñaron más aún–. ¿Qué opináis, chicos? Parece que esta gente no aprecia mucho a Nerón... Algunos dirían que es algo más que simple deslealtad. Quizá sea incluso traición. Quizás esperaban que ese pequeño gilipollas de Británico vistiese la púrpura... Pero resulta que ganó nuestro chico. El vuestro perdió. La elección está hecha, y vosotros tendréis que dejar de quejaros y aceptarlo.

Prisco se puso de pie lentamente y levantó el vaso, encarándose a Biblio.

–Disculpas, hermano. ¿Dónde están mis modales?

Dobló la muñeca y un pequeño chorro de vino rojo cayó en la mano de Biblio. Prisco continuó el movimiento por el brazo de Biblio, salpicando más vino en su hombro, y acabó en su cabeza, donde le dio una pequeña sacudida al vaso para que cayeran las últimas gotas. Luego retiró la mano y miró a Biblio en silencio. Éste frunció el ceño.

–Esto lo vas a lamentar, Prisco.

–¿Ah, sí? –Y Prisco estampó el vaso en la cara de Biblio con todas sus fuerzas, magullándola y destrozándole la nariz. Luego, cuando su víctima se tambaleó hacia atrás, la san-

gre cayendo por la nariz, gritó a sus amigos—: ¿A qué estáis esperando? ¡A por ellos!

Con un rugido, sus compañeros saltaron, tirando al suelo los bancos y levantando la mesa, y cargaron hacia los otros pretorianos, con los puños levantados como si fueran mazas. Prisco centró su atención en Biblio. Siempre había considerado a aquel hombre un bocazas estúpido, y ahora iba a darle una buena lección. Corrió hacia adelante y le lanzó un puñetazo que se estrelló en la barbilla del hombre y le echó la cabeza hacia atrás, y luego lo golpeó en el vientre y después en la mandíbula, haciendo que el otro trastabillara y tardara unos segundos en recuperar la estabilidad.

El hombre miró con los ojos llenos de furia a Prisco.

—¡Estás muerto! —rugió Biblio—. ¡Muerto, joder!

Pero antes de que pudiera cumplir su amenaza, Prisco cargó hacia adelante y le lanzó otro puñetazo. Biblio torció la cabeza hacia atrás para evitar el ataque, pero fue demasiado lento y recibió el golpe con todo el peso de su rival en la garganta. Prisco sintió que el hueso y el cartílago crujían, y Biblio dejó escapar un gruñido y se llevó las manos al cuello, luchando por respirar. Con los puños levantados y medio agachado, Prisco esperó a que el hombre le respondiera. Pero Biblio retrocedió unos pasos más, agarrándose la garganta y moviendo la mandíbula frenéticamente, con los ojos casi fuera de las órbitas. Entonces chocó con un taburete y cayó hacia atrás, aterrizando en el suelo pesadamente, al tiempo que se golpeaba con fuerza el cráneo contra el suelo de losas de piedra. Se quedó mirando al techo, parpadeó unas cuantas veces, tembló un poco y ya no volvió a moverse.

Prisco se acercó con precaución, pero la lucha principal estaba teniendo lugar junto a la barra, y no estaba amenazado. Empujó a Biblio con la punta de su bota.

—¡Levántate!

No hubo respuesta, así que le dio una patada.

—¡De pie, hijo de puta, y te enseñaré lo que le ocurre a los que apoyan a Nerón!

Biblio recibió la patada sin responder, y el primer asomo de miedo hizo que a Prisco se le erizara el vello de la nuca. Relajó los puños y, precavido, se agachó ante el otro hombre.

—¿Biblio?

—¡Está muerto!

Prisco levantó la vista y vio que una de las chicas del bar lo miraba conmovida mientras se llevaba una mano a la boca.

—¡Tú lo has matado!

—No, yo...

—¡Está muerto! —chilló.

Algunos de los pretorianos levantaron la vista, y unos pocos se apartaron de la lucha para ver lo que estaba ocurriendo. Prisco meneó la cabeza sin dejar de mirar al hombre al que había abatido. Sabía que la chica tenía razón.

—Pero ha sido un accidente...

Biblio estaba muerto. Tan seguro como que el sol sale y se pone. Y sólo había un castigo para aquéllos que mataban a un camarada de armas. Se puso en pie y retrocedió hacia la entrada.

—Tú lo has matado. —Uno de los hombres de Biblio señaló a Prisco con el dedo.

Prisco se dio la vuelta y echó a correr. Fuera, en la calle, sin su manto, hacia la lluvia fría. Sin pensar, se alejó de la dirección del campo pretoriano y siguió corriendo, perseguido sin cesar por los gritos que salían de la posada.

Sólo había recorrido un corto trecho cuando oyó que alguien tras él gritaba:

—¡Ahí va!

Corrió más aún, todo lo rápido que pudo, hasta que vio la entrada a un oscuro callejón justo delante y se arro-

jó hacia él. Fue primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda, y siguió corriendo con toda su alma. Los sonidos de la persecución continuaron un poco más, perdiéndose poco a poco en la distancia. Pero él siguió corriendo, para poner más distancia entre él mismo y sus perseguidores, hasta que finalmente se detuvo en una calle saliendo del Foro, y se apretó entre las sombras de un arco, jadeando, e intentando recuperar el aliento.

Había matado a un hombre. Había sido un accidente, nada más, pero ésa no era excusa alguna para los rigores de la disciplina militar. Estaba muerto si dejaba que lo capturasen. Sobre todo, si se tenían en cuenta sus sentimientos contrarios a Nerón. La división de lealtades dentro de la Guardia Pretoriana ponía muy nerviosos a los oficiales de mayor rango. Se asegurarían de dar ejemplo con él, un castigo por matar a un hermano de armas, y de demostrar también qué les ocurriría a los que se oponían a Nerón.

Sólo había un lugar donde podía ir. Un lugar donde estaban los que pensaban como él, donde lo ocultarían hasta que el revuelo se apagase. Había gente que esperaba el momento adecuado para derrocar al usurpador Nerón y matar a todos los de su facción. No les complacerían mucho los actos de Prisco, pero necesitaban sus habilidades especiales y no podrían negarse a ofrecerle refugio.

La lluvia había amainado cuando, ya recuperado el aliento, decidió cómo actuar. Prisco salió de la arcada, se irguió y se alejó, intentando que pareciese que era un hombre cuya conciencia estaba tranquila. Sabía exactamente dónde dirigirle, y adónde le conduciría el futuro.